

II FORO INTEGRACIÓN AL BICENTENARIO

Formando el país que todos queremos

Discurso de bienvenida

Buenos días, señor Hugo Delgado Nachtigall, presidente del Directorio del Grupo RPP; señores alcaldes, congresistas, presidentes, directores y jefes de instituciones académicas y empresariales:

Es un honor para la Universidad de Lima, cuya misión es formar ciudadanos autónomos reconocidos por sus méritos y comprometidos con el bienestar de la sociedad, acoger en su campus el II Foro Integración al Bicentenario organizado por el Grupo RPP y difundido a través de su multiplataforma.

Este gran encuentro, breve e intenso, vertebrado sobre los temas de país digital, país sostenible y país que educamos, apunta, precisamente, a construir un mejor país y a empoderar a los ciudadanos a través de la información (entendiendo que ser ciudadano implica, necesariamente, ser actor político, es decir, hacer política desde la sociedad civil).

Nuestra época nos obliga a lidiar con gran cantidad de información. En la universidad en particular, debemos aprender a validar fuentes, a priorizarlas e integrarlas en proyectos de conocimiento. Eso se llama pensamiento crítico. Nuestras prácticas y estrategias educativas, llamadas a convertir la información en conocimientos y habilidades, apuntan a formar profesionales con óptima capacitación científica y técnica. Eso está muy bien pues es lo que demandan las empresas y el Estado. Pero es insuficiente. Resulta que el problema de los países, más que ir mal en matemática, en ciencias naturales, en ciencias sociales o en estadística, es que van mal en ética, en ciudadanía política y en valores humanos. La gente que hunde a los países en la miseria moral y económica no va mal en matemáticas ni en economía o estadística. Suelen incluso ser licenciados, másteres, doctores. Por lo demás, el informe PISA no habla del nivel de poesía, ni de la capacidad de pensar, de dibujar o de pintar, menos aún de la felicidad. ¿Acaso estamos equiparando educación y tecnificación?

A propósito de esa sospecha, François Vallaëys afirma que cualquier ética unidimensional e instrumental es dogmática e ineficiente.¹ Postula tres dimensiones simultáneas de la ética: la personal, o privada, basada en la virtud; la social, o pública, basada en la justicia; y la de la especie humana, o global, basada en la sostenibilidad. Esas tres dimensiones hacen de la ética un asunto de sintonía social, de inteligencia colectiva, de expectativas de comportamiento compartidas, de constante comunicación indirecta mediante la memoria común. Cabe preguntar: ¿cuál es la memoria común en Latinoamérica y el Perú? La respuesta cae de madura: la desconfianza sistémica y la cultura de la transgresión (con su círculo vicioso: un Estado con poca o nula autoridad propende a la ineficiencia; esta, al déficit en el cumplimiento de la función pública; esta, a la generación de normas perversas; esta, a la confianza exclusiva en el grupo de referencia privado; esta, a la desconfianza pública; esta, a la trama del compadrazgo, de la corrupción y del déficit de apego a la ley; esta, a un Estado con poca o nula autoridad). Mientras no cambiemos el “chip” ético y estético de las mentes, mientras no inculquemos desde la escuela el cuidado del medioambiente y la verdadera educación cívica que refuerce y consolide el sentido de comunidad ciudadana y planetaria, no detendremos ese círculo vicioso, el valor de muerte seguirá enseñoreándose en nuestra vida social y el Bicentenario nos encontrará lejos de haber activado un círculo virtuoso alternativo. Mientras no eduquemos en la solidaridad y en la sensibilidad, en la empatía y en la justicia, de nada valdrá, por ejemplo, cerrar la brecha de acceso a internet. (A propósito, hay aproximadamente 100.000 billones de conexiones entre páginas de internet; en un cerebro adulto hay 3 veces más conexiones, y en un cerebro de niño, 10 veces más conexiones. Durante los primeros 5 años de vida, hay de 700 a 1000 nuevas conexiones entre neuronas por segundo). Al crecer, el ser humano no se vuelve menos inteligente, sino especialista en ciertos comportamientos más repetidos durante el aprendizaje, suprimiendo ciertas conexiones de sinapsis poco utilizadas (poda sináptica). Educar es podar. ¿Qué poda ética practicamos con nuestros jóvenes? Hasta aquí las fecundas sugerencias de François Vallaëys.

Ahora bien, hay que conectarnos ¡ya! a un modelo educativo que valore realmente la vida. A un modelo acogedor, dialogante, inclusivo; que afirme la dignidad para todos, e inmune contra tres grandes venenos o virus: primero, el miedo, que paraliza, que anula, que pervierte una motivación sana y libre. Miedo a no rendir, a no estar a la altura del perfil impuesto, a no tener la competencia requerida y a perder el partido con la competencia. Segundo, la mentira, que sume en incertidumbre, que desinfla valores, que hace generar dudas de todos y de todo, *fake news*, post-verdad. Tercero, el odio, la tendencia a separarnos de los demás, a resentirnos, a discriminar por raza, credo, nivel social, opción sexual, etcétera. *Shitstorm* (linchamiento digital). No es extraño que los jóvenes, cuando llegan a la adolescencia, sean presa fácil del narcicismo egoísta, de las drogas, del alcohol y de entretenimientos nada edificantes, como emboscados en un eterno *selfie*.

La condición para construir un mejor país es formar personas de bien, dignas, plenas de libertad, de amor y de creatividad. Cambiaremos el país en la exacta medida en que cambiemos el corazón de cada ciudadano. Y, hoy por hoy, contamos con tecnologías digitales que pueden ser de gran

¹ “Los riesgos éticos en la era global y su respuesta inteligente: Ética en 3D: virtud, justicia, sostenibilidad”. Documento en Power Point. Universidad del Pacífico. Centro de Liderazgo, Ética y Responsabilidad Social.

utilidad para lograrlo a mayor escala. Pero vamos a la base, el cuerpo animal no es libre: necesita comer, beber, vestirse, tener vivienda y transporte de calidad. La economía, y con ella el dinero, es relación entre seres humanos. Si esa relación dejara de ser piramidal y se volviera circular, si dejara de lado la asimetría en pro de la ecuanimidad, sería mejor. Igual que en la ética, esa economía habría que pensarla juntos, vivirla juntos. El dinero sería la gran oportunidad para juntar la satisfacción de las necesidades individuales y las comunitarias.

Nadie suele fabricar la ropa que lleva puesta. Alguien la hace para uno. Lo que hemos comido hoy lo ha cultivado gente, lo ha preparado otra gente, lo ha servido otra gente. Gente anónima que cubre con su trabajo lo que necesitamos. De esta interdependencia deriva el principio de apoyo mutuo, de comunidad. Merced a sus capacidades diferentes, cada uno, con su trabajo, ayuda a cubrir las necesidades de otros. Pero el dinero no solo debería cubrir las necesidades básicas, sino que debería permitir, además, crear nuevas posibilidades de mejorar continuamente el país y el mundo.

En la economía del trueque las personas intercambiaban las cosas por su valor, no había un precio. Había un intercambio en función de la necesidad. Hoy ya no hablamos del valor de las cosas, hablamos de su precio, pensamos así en lo cuantitativo. De paso, olvidamos la dignidad de las personas, que es aquello que no tiene precio. Nos deshumanizamos, ponemos cálculo y quitamos consciencia. Cuando un aviso publicitario vende un vestido a 9,90 dólares, ese es el precio, no es el valor. El valor es muchísimo más alto. El precio, cuando es tan barato, oculta otro precio que alguien está pagando: algunas mujeres o niños trabajando en algún lugar en condiciones infrahumanas. (OXFAM: 7 de cada 10 personas viven en un país donde la desigualdad económica es mayor ahora que hace 10 años. 30 millones viven en condiciones de esclavitud. El flujo anual del crimen organizado está entre 1800 y 2200 billones de dólares: tráfico de seres humanos, de droga, de madera, extracción ilegal, piratería).

Cabe entonces indagar, enterarse de las condiciones de producción de lo que consumimos. Por ejemplo, no puedo comprar transgénicos sabiendo que están destruyendo África, Sudamérica y Asia. No sigamos mirando el precio sin poner consciencia en el valor. Muchas personas se convierten en verdaderas máquinas de comprar lo que sea, pues sienten un profundo vacío interior. No es casual que los suicidios doblen en muertes a las guerras y asesinatos. Y ocurren a edades cada vez más tempranas. Joan Melé señala que los reportes de las tarjetas de crédito son auténticos mapas del subconsciente humano. La gente cuenta su vida sexual antes que su vida contable. En esta última emergen y residen gran parte de nuestras contradicciones. Y la gente sigue creyendo que teniendo más y más dinero, más y más cosas, va a tener resueltos todos sus problemas. Asimismo, creemos que, eligiendo con criterios clientelistas y populistas azarosos, casi inconscientes, vamos a tener buenos dirigentes políticos.

El Foro Económico de Davos ha advertido que el 1 % de la población ya tiene más recursos que el 99 % restante. José Ingenieros decía, perplejo, que muchos nacen y pocos viven. Y el “negro” Fontanarrosa denunciaba el inequitativo reparto de riqueza y el generoso reparto de pobreza. Pero seguimos enseñando y practicando una economía que no ha solucionado el problema de

crear capital social, o sea, de tejer entramados de auténtica confianza. Atrapada en contextos hostiles de corrupción, de exclusión, de cinismo político y de mentalidad patriarcal.

Urgen, pues, un cambio de conciencia y una nueva educación que conecten al ser humano con su núcleo espiritual, lo que es relativamente fácil. Si uno le dedica un tiempo diario al silencio, a la mirada interior, a la observación de la naturaleza, descubre ese núcleo. Eso es algo que no se demuestra, sino que se experimenta. Esa revolución educativa de las conciencias, que cambie a los jóvenes desde dentro, requiere de mucha diligencia e inteligencia; hay que salir de nuestra “zona de confort”, pero hoy, más que nunca, se necesita bondad. La bondad es la opción de vida. Educar no solo para la matemática, para la ciencia, la técnica, la tecnología y los lenguajes, sino, sobre todo, para la buena voluntad, para el compromiso vital con nuestro entorno social y planetario. Gracias.

Óscar Quezada Macchiavello

Rector de la Universidad de Lima